

Y los viejos maestros zapateros
que llaman a la muerte
tocando el aldabón de sus martillos.

Y cuando tu mañana abre su mano
suelta junto a la luz la más triste banda-
[da,
la bandada sin alas, la sombría bandada de
[los vagos.
¿Qué hacen? ¿De dónde vienen? sólo quie-
[ren dormir . . .
Ir por el día hasta juntar el sueño de la no-
[che.

Dormir por no estar muertos.

Avenida Portales
toda llena de la pobre bandada.

Tras el último vago cierra la hospedería,
mientras cantan los pájaros arriba,
y en las blancas botellas de leche llega el
[día.

V I I I

Vives en mí, ciudad, y así te llevo
con tu vasto oropel y tu miseria,
con tus puentes tendidos en mi pecho
y tu sangre cantando en mi arterias.

Con tus mercados y tus pordioseros,
con tus barriales y con tus lagunas,
con tus tabernas y tus soles ebrios,
con tus claros negocios y tus lunas.
Con tus hornos y prensas matinales,
con alimentos de papel y trigo,
con tu plaza cantando y tus portales,
fiesta de día y por la noche abrigo.

Con toda tu marea, con tu ser
anónimo golpeando, tumultuoso.
Con tu noche de rápida mujer
perdida entre los pliegues del rebozo.
Con banderas de mirines del pueblo,
y con jazmín de procesiones blancas,
y el recuerdo de cosas que pasaron,
antiguas pascuas de clavel y albahaca.

Así vives en mí y así te llevo.
Oh ciudad, compañera de mi vida
recorrida y marcada por mi sueño,
por mi amor, mi dolor y mi alegría
Y cual radiante capitán, el día
entre la floración de las campanas,
trepas a ti verde cerro, ciudad mía,
y te funda en su luz de cada mañana.

JULIO BARRENECHEA

Poesía Completa. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
Quito, 1958. Págs. 129-139.

DANIEL DE LA VEGA

A la ciudad de Santiago

Al mirar el Huelén áspero y solo
clavado frente al llano y junto al río,
el capitán don Pedro de Valdivia
ordenó levantar el caserío.

Y el tesón de la ruda soldadesca
nutrido de leyendas y batallas
trajo tierra del cerro, agua del río,
y levantó, una a una, tus murallas.

En el aire celeste, sobre el vasto
resonar de la flecha y la coraza,
revuelta entre los cóndores salvajes
volaba la epopeya de la raza.

Era la edad heroica de la América
cuando empezaba en estas cumbres solas
a despuntar el rostro de la Patria.
entre viejas banderas españolas.

Fueron las soledades y las nieves
tus madrinas. Se siente todavía
vuelo de cóndor y tesón de roca
en el pechazo de la patria mía.

Tus antiguos orgullos ya se fueron.
La mujer despojóse de su manto,
el fuego devoró tu Compañía
y el tiempo se llevó tu Cal y Canto.

Hoy, laboriosa y rica, ebria de vida,
vas ensanchando por tus cuatro caras
con un ímpetu tal que me parece
que no crecieras, que te derramaras.

Tienes, en un gracioso anacronismo,
arranques mozos y ternuras viejas,
y alzas el fino palacete nuevo
junto al sonoro caserón de tejas.

Y en la noche, a la hora de la cita
de la ventana y la amorosa queja,
el nebuloso madrigal moderno
suen a través de la historiada reja.

Y yo, poeta tuyo, al elogiarte
he revuelto tu historia y mi esperanza,
y digo todo mi entusiasmo joven
en versos hechos a la antigua usanza.

Aunque alma de ciudad noble y católica
te dio la España de don Carlos Quinto,
cada rincón tiene su encanto propio
y en cada barrio es tu perfil distinto.

Es tu Alameda la riqueza antigua,
la del palacio silencioso y grave.
La historia de la patria alzada en bronce
y entre el ramaje gris la bruma suave.

Providencia es la villa nueva y clara
para las vacaciones perezosas.
El cielo azul se ensancha recordando
amplitudes de playas luminosas.

Tu Recoleta es la Colonia austera
que se prolonga soñadoramente:
con sus campanas y con sus novenas,
no ha atravesado el río el siglo veinte.

En San Diego la musa callejera
revienta en coplas y en interjecciones,
y revuelve su risa en el estruendo
de los tranvías y de los pregones.

Y hay apaches morenos y canallas
que son irresistibles en las citas
con las pobres chiquillas de las fábricas
que son fatales, porque son bonitas . . .

Es esta calle, por su afán, sus fiestas,
sus risas, sus blasfemias y sus llantos,
una copa de vino derramada
en la desgracia y en el desencanto.

Ciudad, que el ardor vasto que gastaron
al entrarte a la vida los guerreros
quede vibrando siempre en cada uno
de tus ladrillos y de tus maderos.

Porque naciste entre sonoras lanzas,
y el heroísmo revolvió tu arcilla,
y la epopeya trasportó tus piedras,
vales lo que una octava real de Ercilla.

Porque la hazaña dibujó tus límites
y eligieron tu sitio las batallas;
toda la raza perderá su brío
antes que se derrumben tus murallas.

Ciudad! Que te renueves, y que el niño
sea tu misterioso centinela,
y que cada mañana te coronen
humo de fábrica y rumor de escuela.

Y ante todo el espíritu, Ciudad!
Que al través de las civilizaciones,
Atenas va cantando por el mundo:
edificad en vuestros corazones.

Que tu latido sea un poderoso
estruendo de cuartillas y canciones,
mientras estés forjándola a la patria
generaciones y generaciones!

JUVENCIO VALLE

Chile del sur

I

Ay, mi Chile del Sur, escuadra pura,
molino y remolino a la intemperie
y corazón plural en donde caen
las húmedas basílicas del cielo.

A tu estación abierta al sur marino
llega el invierno con sus carabelas,
con la humareda de sus transatlánticos
y sus vidrieras de esmeralda fría.

Ay, mi congreso pleno, a gran concierto,
refundido, celeste y repentino,

con tus altas botellas desparramándose
y tus verdes iglesias sensitivas.

Por las rompientes de tu vasta cámara
van tus reyes errantes cabalgando,
tus capitanes con el agua al cuello
y tus soldados con sus yataganes.

Ay, de tu vivo litoral de escamas
si el pez-espada pasa resoplando
en su claro vehículo corriente.
Autocarril descalzo, a pura sangre,
sin espuelas, sin alas, sin montura,
hace su curso libre por el agua.